

LA OTRA ISLA DEL DOCTOR
MOREAU

BRIAN W. ALDISS

**LA OTRA ISLA
DEL DOCTOR
MOREAU**

Traducción de Rubén Masera



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Moreau's Other Island*

Traducción de Rubén Masera

Diseño de la cubierta: Estudio Calderón

Primera edición: julio de 2023

© 1980, by Brian W. Aldiss
© de la edición: Edhasa, 2003, 2023 (revisada)
Diputación, 262, 2.º1.ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-2138-8

Impreso en Barcelona por CPI Black Print

Depósito legal: B 3483-2023

Impreso en España

*H*undirse bajo la superficie del océano era entrar en un mundo de sonido. Éste, en gran parte, tenía su origen en seres orgánicos que permanentemente transmitían sus señales y sus necesidades en armónicos que se situaban en una escala conmensurable con su medio, desde el más agudo y veloz chillido al más grave de los gruñidos. En ese vasto elemento, nadie hubiera podido abarcar el amplio espectro de frecuencias presentes.

Cerca de la superficie del océano los sentidos eran ligeros y múltiples, y los organismos que los transmitían, igualmente abundantes y minúsculos. Más abajo, donde nadaban los peces mayores, prevalecía una nota más profunda. Más abajo aún, más profundo todavía. A medida que la luz se atenuaba, a medida que la presión aumentaba al llegar a los valles y colinas del lecho oceánico, los sonidos se volvían infrecuentes y adquirían una lúgubre nota afín con las inmediaciones.

También persistía otra gama de sonidos. Otro orden de existencia enteramente distinto lo emitía: emanaba de lo inorgánico, del manto de agua que se movía incesante sobre los paisajes sumergidos de su dominio. Estas cadencias sin garganta habían sido

audibles casi desde el principio del tiempo; por cierto, mucho antes que hubiera el menor estremecimiento de vida. Corrientes, olas, mareas, ríos sumergidos, lagos y mares hundidos, todo servía como inquieta atmósfera de un mundo alejado de las criaturas sensibles cuya existencia se confinaba a los territorios expuestos sobre las aguas planetarias.

Este océano era de considerable profundidad. Sus dimensiones se extendían miles de millas en todas direcciones. Ocupaban un tercio de la superficie del planeta y cubrían una superficie mayor que la de todas las tierras expuestas. Un observador con inclinaciones filosóficas podría haberlo considerado el inconsciente del mundo, contraste de las tierras expuestas que —a la luz de esta idea bastante caprichosa— podrían considerarse el asiento de una incierta conciencia.

En el inconsciente acuoso del planeta todo era como de ordinario, como había sido durante millones de años. En tierra, en otro elemento, la prolífica conciencia individual de la especie dominante se encontraba en un estado de fermentación por encima de lo normal. Estaban llenas sus acciones de sonido y de furia. Se habían empeñado en una guerra global que amenazaba convertir en un yermo gran parte de las tierras expuestas, además de provocar su propia extinción.

Este militar estruendo apenas traspasaba la superficie del gran océano. No obstante, aun allí era posible buscar y encontrar contraindicaciones, síntomas de dolor.

En otro tiempo, los meteoros que atravesaban luminosos el cielo de la noche se consideraron portentos de solemnes acontecimientos. El océano también recibió portentos de un elemento ajeno. Como una lluvia de escombros meteóricos, el metal de una nave desintegrada se esparcía a lo largo de varias millas en el mar.

Lentamente los fragmentos se hundían girando en el agua, reflejando cada vez menos la luz de lo alto al caer. Bajaban hacia la zona de enormes presiones y permanente crepúsculo.

Finalmente, todo lo que quedó del Leda reposó sobre una llanura baldía cerca del ecuador, hundiéndose en el limbo primordial bajo seis mil metros de océano.



CAPÍTULO I

SOLO EN EL PACÍFICO

En tiempos de paz la caída de la nave de enlace espacial *Leda* en el Pacífico habría resultado lo bastante dramática como para que la mayor parte del mundo se hubiera enterado de ella a la hora de la comida. Durante los primeros meses de guerra, en 1997, el accidente apenas se advirtió más allá del anuncio de que un subsecretario de Estado había desaparecido.

No es mi intención entrar aquí en detalles acerca de esa catástrofe. No forma parte de la terrible historia que me propongo relatar. Baste decir que mi secretario y yo éramos los únicos pasajeros, y que la tripulación se componía de dos miembros, James Fan Toy y José Galveston. La nave se hundió en el Pacífico, cerca del ecuador, latitud 2.º Sur, longitud 178º Este. Mi secretario murió a consecuencia del impacto; en un momento de pánico saltó antes de que chocáramos, y se rompió el cuello.

La nave flotó el tiempo suficiente como para que Fan Toy, Galveston y yo pudiéramos salir de ella y saltar a una balsa salvavidas inflable.

Escapar de ahogarse es una cosa; escapar del océano, otra bien distinta. La guerra se libraba al norte, lejos de nosotros, y estábamos en una zona del océano poco frecuentada. No divisábamos aviones, ni barcos, ni tierra. Los días sucedían a los días y el espantoso poder del sol se hacía sentir continuamente. Teníamos escaso abrigo y menos agua todavía; tuvimos que limitarnos a una ración de dos tragos al día. Como nuestras energías vitales iban consumiéndose yacíamos acostados bajo un pabellón de plástico inflable, sin remar ni vigilar siquiera el inalterable horizonte que nos rodeaba.

El octavo día, temprano por la mañana, antes de que el sol hubiera subido lo bastante como para quemarnos, Fan Toy dio un grito y señaló algo que flotaba sobre las aguas. Nos pusimos en pie y miramos ansiosos, apoyándonos los unos en los otros para mantener el equilibrio.

¡Cuán vívidamente recuerdo ese momento, con el he-
dor de nuestros cuerpos y el material del bote, el incesante movimiento de las olas, la vasta extensión del mar! En el agua había un delfín que avanzaba lentamente hacia nosotros.

—Nos trae ayuda —dijo Fan Toy. Habíamos emitido por radio una llamada de auxilio cuando el *Leda* penetró en la atmósfera de la Tierra. Bien podría ser que fuera éste un delfín naval que viniera a guiarnos hasta un submarino en las cercanías: ésa era la esperanza que inspiraba la presencia del animal.

—No estés tan seguro de que sea de los nuestros —dijo Galveston.

Hundimos las manos en el agua y nos salpicamos las caras hinchadas y los ojos para tratar de ver con mayor claridad.

—Sí, es uno de nuestros muchachos —dijo Fan Toy—. Mirad las estrellas y las bandas que tiene impresas en la cola.

También yo estaba mirando y pude ver la insignia cuando él la mencionó.

—Avanza lentamente. Quizás esté lastimado —dije. Lo que no era más que una oleada parecía una tremenda tempestad para la criatura; se mecía a uno y otro lado mientras se acercaba a nosotros. Galveston cogió un remo.

—No me gusta el aspecto de ese bicho. ¡Aléjate! —Cuando lo tuvo a su alcance, lo golpeó.

—No seas necio —dijo Fan Toy tratando de quitarle el remo a Galveston. Los dos hombres lucharon débilmente.

Otra cosa atrajo momentáneamente mi atención. Un cardumen de peces voladores —sólo el segundo desde que estábamos en la balsa salvavidas— pasó por detrás de nosotros cortando las olas en su vuelo. Uno de ellos, algo apartado de sus compañeros, cayó detrás de nosotros en la balsa.

Era comida. Cuando me agaché para cogerlo, mi mirada captó algo a lo lejos, en el horizonte. No me fue posible discernir qué era; posiblemente el mástil de un barco que resplandecía al sol. Me incliné para agarrar el pez que se debatía.

Lo hice. En ese momento se produjo la explosión. Me golpeó con un muro de sonido y me arrojó al mar.

Volví a la superficie medio ahogado y ensordecido. El agua bullía a mi alrededor. La balsa salvavidas había desa-

parecido. También Fan Toy y Galveston. Los llamé por sus nombres. Miembros y carne flotaban en el océano a mi alrededor, rojos tentáculos arrastrados se dispersaban por las aguas. Habían quedado destrozados, como el delfín y la balsa.

Lo único todavía a flote y felizmente intacto era el pabellón inflable. Me las compuse para subir a él, arrojar el agua con las manos y lograr un precario equilibrio. También me las compuse para recobrar un remo. Entonces me acosté allí donde me encontraba sumido en sopor mientras recuperaba el oído lentamente; pero no mis compañeros.

Por alguna razón, había vuelto a salvarme. Me dije triunfalmente —aún murmuré las palabras en voz alta con mis labios resquebrajados— que mi amor por Dios y por la patria me había llevado a través de los peligros hasta la victoria. Ya no cabía duda alguna: elementos subversivos de la base lunar habían saboteado el *Leda*, y ese sabotaje estaba dirigido contra mí. No obstante, había sobrevivido. Y seguiría sobreviviendo.

Quizá Fan Toy y Galveston habían estado involucrados en la traición, pues no se puede confiar en nadie en una guerra global. Ellos habían sido aniquilados. Yo vivía.

Ahora tenía un bote provisional. En principio me sentía demasiado aturdido como para que me fuera posible remar. Pero una ligera brisa empujó al pabellón y me transportó, alejándome de la carnicería flotante. Lo cual me alegraba. Dos tiburones empezaron a rondar la zona. Luego se acercó otro y otro tras él. No tardé en divisar muchas aletas triangulares que giraban velozmente en torno a la zona ensangrentada.

Apenas cabía duda de lo ocurrido. El delfín había recibido adiestramiento naval. Debió de haber sido destinado a una misión suicida, cargado con un explosivo, quizá nuclear, con una meta particular. Las defensas enemigas lo habían detectado y lo habían herido. Casi sin sentido había seguido nadando sin rumbo. Al ver nuestra balsa se acercó probablemente en busca de ayuda. Galveston lo había golpeado con el remo, activando así la carga explosiva.

Confirmaba esta teoría el modo en que encontramos al delfín, que nadaba solo. El delfín corriente, cuando recibe una herida, busca la ayuda de su propia especie, que es capaz de darle escolta centenares de millas si es necesario, hasta un sitio seguro donde pueda recuperarse. Nuestro delfín, cargado de muerte, tuvo que viajar solo hasta el final.

Era imposible estar de pie en mi endeble pabellón. Sólo podía sentarme y mirar a mi alrededor buscando otra vez en el horizonte esa cosa resplandeciente. No se la veía por parte alguna.

Mis fuerzas empezaron a abandonarme junto con la esperanza. El sol ardía poderoso y encontré un cubo flexible con el que me cubrí la cabeza para protegerme. Me dejé caer de nuevo acomodándome lo mejor que pude, incapaz de remar, pues no sabía hacia dónde hacerlo.

Segundos, minutos, horas transcurrieron antes de volver a mirar a mi alrededor. ¿Quién podrá concebir los miles de pensamientos que me pasaron por la cabeza? Cuando al fin abandoné mis ensoñaciones y miré a mi alrededor, divisé una isla.

¡Qué hermosa parecía, cuánto más positiva, más *creada* que el miserable elemento que ondeaba a mi alrededor! Me puse de pie en mi entusiasmo y el bote zozobró de inmediato. Cuando me hice de nuevo con él, me volví ansioso para ver lo que fuera posible ver.

A esta distancia la tierra parecía una gran roca con una cima plana. En esa cima se había levantado una instalación de alguna clase; esto era lo que había visto cuando me agaché a coger el pez volador. Aunque ese indicio de humana empresa me llenaba de esperanzas, tuve reservas desde un principio; el mundo estaba tan atestado de maquinarias automatizadas de índole tan diversa que la presencia de una instalación no era prueba de que hubiera hombres en las cercanías. No obstante, aun una isla desierta era cien veces mejor recibida que el mar abierto. Morir bajo una palma se había convertido de pronto en la idea del paraíso.

La isla estaba todavía distante. Una corriente me empujaba hacia ella, y me contenté por un momento con yacer de espaldas agotado y dejarme llevar. Otra vez erró mi mente a medias delirante; me vi envuelto en complejas situaciones con gente que no conocía, pero que me parecía reconocer.

Cuando salí del letargo, el sol estaba bajo en el oeste y magníficas capas de nubes lo rodeaban para celebrar su descenso. La isla estaba mucho más cerca; me era posible ver los muros grises del acantilado. La instalación había desaparecido en la luz del atardecer avanzado.

Me había quedado sin agua potable. Aunque estaba agotado, tomé el remo e intenté guiar mi frágil embarcación hacia la isla. Porque tuve miedo de que las corrien-

tes oceánicas pudieran llevarme lejos de este refugio en las horas de oscuridad y que a la mañana hubiera quedado a popa, muy atrás. Si así fuera, sin duda moriría. Mi oportunidad era ahora... o nunca.

Aún estaba remando cuando cayó la noche. Era glorioso y terrible a la vez ver cómo el mundo abandonaba veloz el día y se anegaba en la noche; incluso en mi estado de agotamiento me impresionaba, y dirigí una oración a Dios.

La brisa que me había arrastrado hacia el oeste cambió de dirección al caer la tarde. Mi bote casi se había detenido. Luché en la oscuridad tanto como pude, desmoronándome por fin en el fondo de mi embarcación, donde dormí por intervalos sumido a medias en el delirio.

Desperté antes del amanecer, calado de frío, convencido de que iba a morir. Yacía como un paquete roto, abrazado a mi remo, con la mandíbula colgante y la boca resquebrajada cuando los procesos de la Tierra llevaron la luz a esta parte del mundo.

Abrí los ojos y levanté la cabeza. Altos acantilados se alzaban muy cerca, iluminados por el sol. Se elevaban abruptos desde las olas sin costa. Muy por encima del nivel del agua crecían arbustos que coronaban los acantilados. Los pájaros revoloteaban sobre ellos. Miré fijamente a los pájaros, maravillado. Mi pabellón se trasladaba lentamente hacia el oeste otra vez, a no más de trescientos metros de los acantilados.

Un detalle era especialmente notable. Tallada en el acantilado, en un sitio casi inaccesible, aparecía una letra de tamaño gigantesco.

La letra me fascinaba. La miraba fijamente tratando de encontrarle un sentido, pero mi ofuscada imaginación no hallaba significación alguna, parecía existir por sí misma. Su forma sugería una tenaz independencia bípeda. Era una enorme letra M.

Los acantilados deslumbraban con la luz reflejada, pero la M era negra. Quienquiera que la hubiera esculpido en la roca había querido asegurarse de que fuera visible desde lejos llenando el hueco abierto con alquitrán o alguna sustancia negra.

Se me llenó la mente de vagos pensamientos religiosos. Oí que mi voz decía, desde unos labios resquebrajados:

—En el principio fue la letra.

Reí débilmente. Luego me dejé caer otra vez en el bote.

Cuando logré mirar de nuevo, la M había quedado algo atrás, un doble pilar negro. Los acantilados más cercanos se habían vuelto menos escarpados y estaban en sombra. Los árboles eran más visibles. Aún imaginé que había visto un edificio entre los árboles al dejar caer una vez más la cabeza. Pero la insistente idea de que debía hacer algo irrumpió en mí nuevamente y otra vez logré incorporarme. Me salpiqué la cabeza y el cuello con agua de mar, aunque la sal hizo que mis labios ardieran.

El bote estaba dejando atrás un acantilado que miraba al suroeste, a no más de trescientos metros de distancia. De ordinario nadar hasta la costa me habría parecido fácil; ahora, todo lo que pude hacer fue formar bocina con las manos y pedir socorro; pero debía competir con el ruido de las olas, y la sequedad de la garganta me ahogaba.

Me di cuenta de que al cabo de menos de una hora llegaría al extremo de la isla y sería llevado a mar abierto otra vez. Los acantilados se tornaban menos masivos. En el punto occidental más extremo sería posible trepar a la costa. Cuando llegase a esa altura, tendría que arrojarme al agua confiando en Dios y en el resto de las fuerzas que me quedaran para alcanzar la orilla.

Cuando me estaba preparando para esta prueba, descubrí que me observaban. Tres o cuatro nativos estaban bajo unos árboles altos entre malezas, mirándome. A esta distancia no podía ver con claridad, pero algo en ellos —fueran sus caras o su actitud— me dio la impresión de una especial bestialidad. Estaban de pie, casi inmóviles, y me miraban fijamente por encima del agua; luego desaparecieron; las malezas se agitaron un instante y permanecieron quietas.

Centré mi atención en el extremo de la isla, que, ahora lo veía, tenía como vástago una isleta situada a cierta distancia de sus costas. Se trataba de ver si la corriente que me empujaba me alejaría de la isla o me llevaría cerca de ella, entre ella y la isleta; si se daba este último caso, no sería difícil ganar la costa.

Mientras estaba considerando esta cuestión, una pesada barca con tronante motor se acercó desde detrás de la isla. Dejando una estela de blancas aguas, trazó una curva y vino a mi encuentro.

En la barca había dos hombres. Sólo podía divisar al que gobernaba la rueda del timón. Tenía la cara negra y una vez más, como los que me espiaban desde el acantilado, me dio una impresión de brutalidad.

La barca que conducía estaba pintada de un color pardo lodoso. Cuando avanzó hacia mí y se lanzó torpemente por el través, la onda que levantó hizo zozobrar mi pabellón. Me encontré debatiéndome en el agua. Medio ahogado, oí las maldiciones de los hombres en el bote; luego fui asido de las muñecas y los hombros, y alzado sin ceremonias a la barca de desembarco, pues así la llamaba uno de ellos.

Apenas hube caído en cubierta, el bote se puso otra vez en movimiento, virando violentamente. Dejaron que rodara por la cubierta como si fuera un atún recién pescado, tosiendo y escupiendo a mi alrededor el agua de mar que había tragado.

Cuando me hube repuesto ligeramente, logré sentarme. Me encontré con la cara más espantosa que hubiera visto nunca. De cerca su brutalidad resultaba abrumadora, de modo que casi creí que deliraba.

Bajo un colgante sombrero de cuero no había frente alguna, sólo una cara protuberante cubierta de vello. La mandíbula era prognata y carecía de barbilla. Los ángulos de la enorme boca casi se desvanecían en el absurdo sombrero y sus labios apenas eran lo bastante carnosos como para ocultar los grandes incisivos de la mandíbula inferior. Sobre esta boca formidable había una nariz semejante a un hocico que se le arrugaba en una sonrisa de hiena, y dos ojos casi desprovistos de párpados. Estos ojos me contemplaban ahora, se fijaban en mí con un sombrío fulgor rojo. Me eché hacia atrás, sobrecogido. Sin embargo, necesariamente debí mirarlos con atención.

El monstruo me contemplaba con la más extraña expresión, a la vez agresiva y tímida, como si estuviera a punto de lanzarse sobre mí o de escaparse corriendo.

Sólo por un instante nos miramos mutuamente tan de cerca. Sólo por un instante se produjo entre nosotros esa mirada de extraña ambigüedad. Entonces el turbador hombre negro recibió un golpe en la espalda que le asestó su compañero.

—¡Vuelve al timón, George! —le gritó éste—. ¡Nada de jugarretas!

El negro George volvió a su puesto arrastrando frenéticamente los pies, desprovisto por completo de dignidad. Era un tío grande y corpulento de tremendos hombros, pero de piernas cortas. Estaba aprisionado en un mono de trabajo gris.

Cuando centré mi atención en el otro hombre, la primera impresión apenas fue algo más favorable. «¡Vaya lugar al que vine a parar!», pensé. Este espécimen era reconociblemente caucásico y sin deformaciones visibles, pero era también un grandísimo y voluminoso bruto. Tenía la cara ancha y descolorida; con una expresión arrogante y torva. Los ojos eran del mismo color pastoso de la piel; miraron por un instante directamente los míos y luego se desviaron, de manera tan furtiva que me desconcertó tanto como la salvaje mirada de George. Evitaba siempre mirar de modo directo.

Aunque todo en él parecía desfavorable por entero —aparte del hecho, fundamental, de que me había rescatado del mar—, tuve la impresión de que era un hombre inteligente, incluso sensible, que estaba tratando de ocul-

tar en sí mismo un conocimiento aterrador: y que ese esfuerzo lo había embrutecido.

Tenía los cabellos atezados y descuidados, y presentaba una barba dispersa entre parda y amarilla. Llevaba una escopeta recortada colgada de un hombro y en la mano derecha una botella.

Cuando vio que lo miraba, me ofreció la botella sin mirarme directamente y dijo burlón:

—¡Tiene aspecto de que no le vendría mal un trago, héroe!

—Necesito agua —dije.

Mi voz era un graznido. La suya era espesa y tenía un curioso acento. Transcurrió cierto tiempo antes de que me diera cuenta de que el inglés no era su lengua nativa.

—Vino de palma para la mañana. Cosecha reciente. Bueno para su salud.

—Necesito agua.

—Como guste. Tendrá que esperar hasta llegar a tierra.

George guiaba la barca de manera oscilante entre la isla y la isleta terminal, inclinado con una especie de escrupulosa ferocidad sobre el timón. Alcancé a divisar una estrecha franja de playa. El rubio le gritó a George que fuera más derecho.

—¿Qué lugar es éste? —pregunté.

Él me cubrió con su mirada, desgarrado entre la piedad y el desprecio.

—Bienvenido a la Isla de Moreau, héroe —dijo. Bebió otro sorbo de la botella.

CAPÍTULO II

CIERTA COMPAÑÍA EN TIERRA

La barca entró en un estrecho canal con roca a la izquierda e isla a la derecha. El mar abierto por delante indicaba que, aunque la isla tuviera varios kilómetros de largo, medía bastante menos de ancho, cuando menos en este extremo occidental. La playa era una estrecha franja de arena, encerrada entre corchetes de rocas y piedras y cubierta de malezas. George nos llevó oscilando de costado a esa franja, agachado junto al timón y esperando nuevas instrucciones mientras me clavaba la mirada con desconfianza.

—¿Puede caminar? —me preguntó el rubio.

—Puedo intentarlo —contesté.

—Tendrá que intentarlo, héroe. Ésta es su parada. No hay ambulancia aquí. Tengo que atender las redes de pesca, y eso es ya molestia bastante. George lo llevará hasta la sede. ¿Entendido?

Involuntariamente miré a George con recelo.

—No le hará daño —dijo el rubio—. Si atravesó el campo minado con bien, no tiene nada que temer de George.

—¿A qué clase de lugar he llegado? ¿Hay otros... hombres blancos aquí? Ni siquiera sé su nombre.

El rubio miró a cubierta y frotó sus sucios zapatos uno contra el otro.

—No es usted bienvenido aquí, héroe, es mejor que se enfrente con el hecho. La Isla de Moreau no está precisamente equipada para satisfacción del turista. Pero puede que le encontremos algo que hacer aquí.

—Mi tarea está en otro sitio —dije yo con aspereza—. Un montón de gente estará buscándome en este mismo momento. La nave del CAEYA en que venía cayó al Pacífico, a cierta distancia de aquí. Mi nombre es Calvert Madle Roberts y ocupo un importante puesto en el gobierno. ¿Cómo se llama usted? No me lo ha dicho todavía.

—No creo que sea asunto de su maldita incumbencia, ¿no le parece? Me llamo Hans Maastricht y no me avergüenzo de ello. Baje a tierra ahora mismo. Tengo cosas que hacer o me veré en dificultades.

Se volvió hacia George y golpeó la escopeta recordada que le colgaba del hombro para dar énfasis a sus palabras.

—Lleva a este hombre derecho a la sede, ¿entendido? Ve con él ante el Amo. No te detengas en el camino, no provoques dificultades. ¿De acuerdo? No permitas que los otros del pueblo provoquen dificultades, ¿de acuerdo?

George lo miró, me miró a mí y luego de nuevo al otro, balanceando la cabeza de manera confusa.

—¿Habla inglés? —pregunté.

—Esto es lo que capta mejor —dijo Maastricht golpeando de nuevo la escopeta recortada—. Apresúrate, George.

Ayuda a este hombre a llegar a la sede. Yo volveré cuando haya examinado las redes de pesca.

—Entendido —dijo George—. Apresúrate. Ayuda a este hombre a llegar a la sede, vuelve cuando haya examinado las redes.

—Tú sólo ayúdalo a llegar a la sede sano y salvo —dijo Maastricht golpeándolo con fuerza entre los hombros.

El voluminoso individuo saltó al agua vadosa y tendió una mano para ayudarme. Yo digo mano..., era una enorme cosa negra y deforme la que me tendía. No había más remedio que tomarla. Tuve que saltar y caí prácticamente en sus brazos, apoyándome por un momento contra su pecho como un tonel. Una vez más sentí en él la misma repugnancia que luchaba dentro de mí. Retrocedió un paso de un salto sorprendiéndome falto de equilibrio, de modo que caí de manos y rodillas en las aguas vadosas.

—¡Poneos en orden! —gritó Maastricht con una carcajada. Disparó al aire con su escopeta recortada, presumiblemente como advertencia, y luego guió la barca hacia el sitio donde el canal se ensanchaba.

George lo miró partir y luego se volvió hacia mí casi amedrentado. Su mirada examinó la mía; como prácticamente no tenía cuello, encorvó los hombros para hacerlo, como si fuera corto de vista. Al mismo tiempo me tendió su mano mutilada. Yo estaba todavía de rodillas en el agua. Había algo conmovedor en el ademán de la criatura. Le cogí el brazo y me puse en pie.

—Gracias, George.

—Yo, George. ¿Usted no se llama George?

—Me llamo Calvert Roberts. Te agradezco la ayuda.

—Usted tiene Cuatro Miembros Largos. Usted agradece su ayuda. —Se llevó la garra a la cabeza como si tuviera que habérselas con conceptos que sobrepasaban su capacidad—. Usted agradece mi ayuda. Usted agradece la ayuda de George.

—Sí. Me siento algo tembloroso.

—Usted... encuentra en el agua, ¿sí? —Señaló con un ademán el mar abierto.

Era como si intentara visualizar algo ocurrido mucho tiempo atrás.

—¿Por dónde se va a tu sede, George?

—La sede, sí, vamos, no provoques dificultades. No te detengas en el camino, sin dificultades. —Su voz tenía una extraña cualidad de coágulo. Nos encontrábamos en la playa pedregosa, con una hilera de palmeras y malezas donde terminaba, mientras se desarrollaba una comedia de confundidas intenciones o lo que podría haber sido una comedia si hubiera tenido fuerzas para encontrar graciosa la situación.

George no sabía si debía andar delante de mí o detrás. Sus movimientos arrastrados indicaban que ninguna de las dos alternativas le resultaba satisfactoria.

La superficial amabilidad de nuestra conversación (si le cabe la dignidad de ese nombre) de ningún modo aminoró el miedo que me inspiraba George. Era monstruoso y su cercanía física me seguía siendo aborrecible. Algo en su actitud despertaba desconfianza. La sonrisa de chacal de su cara parecía todo el tiempo en pugna con cierto elemento de jabalí que había en su composición, de modo que estaba en permanente duda de si estaba a punto de

echarse a correr o de abalanzarse sobre mí; y la manera nerviosa en que arrastraba los pies al andar mantenía esa duda en el centro de la atención de mi mente.

—Tú guías, yo te sigo, George.

Creí que se echaría a correr y se ocultaría entre las malezas. Lo intenté otra vez.

—Muy bien. Yo iré delante y tú puedes seguirme.

Creí que me atacaría.

—¿Usted no me guía?

—Quiero llegar a la sede, George. Tengo mucha sed. No hay peligro alguno, ¿no es cierto?

Sacudió su cabeza de un lado al otro diciendo:

—Peligro, sí. No. No te detengas en el camino, no provoques dificultades. Ve con él ante el amo.

Yo empecé a andar. Él avanzó enseguida y permaneció exactamente a un paso de distancia por detrás, con sus ojillos de cerdo firmes en los míos cada vez que volvía la cabeza. Si no hubiera estado tan agotado, habría experimentado mayor temor o la situación me habría resultado más divertida.

En mi estado, y con esta compañía, no estaba en condiciones de apreciar el paisaje. Sin embargo, me produjo una inmediata y sólida impresión, una impresión formidable y silenciosa. Bajo los pies se extendía ese quebrado territorio marginal que señala la división entre océano y tierra, incluso en una cuña de tierra tan precaria como ésta. Por delante había rocas blanqueadas y el verde sombrío de palmeras y espinos. El océano presentaba su eterno estremecimiento; el follaje colgaba silencioso y expectante, muy lejos de darme la bienvenida.

Las malezas llegaban casi al borde del agua. Vi un sendero que avanzaba entre los árboles y lo tomé.

George ya había llegado a una conclusión acerca de mí porque dijo:

—Él tiene Cuatro Miembros Largos. Usted tiene Cuatro Miembros Largos.

—Ése es un atributo de la humanidad —dije con aspreza.

George dijo o, más bien, salmodió:

—¡Tiene Cuatro Miembros Largos...! ¡Ésos son Malos Cantos!

—¿De dónde sacaste esa idea? —pregunté. Pero no me detuve a esperar la respuesta. Eché a andar por el sendero, y él, de un salto, se pegó a mis talones a un paso de distancia. Era un alivio estar otra vez entre los árboles, a la sombra. Después de tantos días pasados en el bote mi andar era incierto, aunque sentía que me volvían las fuerzas a medida que avanzábamos.

Muchas cosas preocupaban a mi mente y no era la menor de ellas mi debilidad en contraste con la fuerza del bruto imbécil que tenía a mis espaldas. También me intrigaba lo que había dicho Maastricht —a quien, por su acento, le atribuí nacionalidad holandesa—: «Bienvenido a la Isla de Moreau». El nombre tenía significado para mí, aunque no podía situarlo en absoluto. ¿La Isla de Moreau? ¿Se había producido algún escándalo relacionado con ella?

A pesar de estas preocupaciones, cuidé de vigilar alerta mis contornos, pues había habido cierta amenaza en las advertencias que Maastricht dirigiera a George. ¿Con qué o con quién era probable que nos encontráramos?

Esta franja de la isla tenía poco que ofrecer, aparte de la singular virtud de ser *tierra firme*. La roca de la derecha, esculpida por el agua en algún período anterior de la historia, albergaba a muchas criaturas escurridizas, aunque probablemente nada más exótico que aves y lagartos. El bambú nos rodeaba por todas partes, creciendo en las cavidades de la roca y en el terreno, que estaba lleno de piedras y grandes conchas. La espesura era tan densa como para obstruir nuestro camino, aunque permitía que una filigrana de luz solar y sombra quedara trazada a nuestro paso. De vez en cuando alcanzábamos a ver el mar brillante a través de un entramado de hojas.

A cierta altura casi me caigo al tropezar con una de las grandes conchas. La volví de lado de un puntapié y observé que era el caparazón blanqueado de una tortuga. Parecía que estuviéramos andando por un cementerio de tortugas, tanta era la densidad con la que estaban esparcidas; no había el menor signo de alguna que estuviera con vida.

A ambos lados había piedras, algunas tan altas como nosotros. Luego debimos avanzar entre ellas, y tuve a George demasiado cerca de mi vulnerable cuello. Dos de estas grandes piedras formaban virtualmente un portal; más allá de ellas acechaban otros miembros de la ruda raza de George.

Los vi entre la espesura delante de mí y me detuve en contra de mi voluntad.

—¿Por qué se esconden? ¿Qué les pasa? —dije volviéndome hacia George.

Con una mirada taimada, a la vez furtiva y amenazante, George dijo:

—Cuatro Miembros Largos... Ésos son malos Cantos...
Cuatro Miembros Cortos... Ésos son Buenos Cantos.
—Empezó a arrastrar los pies en el polvo. Sus ojos rehuían los míos.

No tenía sentido intentar conversar con él. Ahora que su propia especie estaba cerca, parecía más peligroso que nunca.

—George, escúchame llévame cuanto antes a la sede, ¿de acuerdo? No quiero que te detengas, no provoques dificultades, no permitas que nadie cree dificultades, ¿de acuerdo?

Entonces empezó a jadear como un perro con la lengua colgando.

—Tú no tienes carabina, Cal... —Quizás intentó recordar mi nombre; si así era, no lo logró y su intento de llamarme por el nombre de pila mostraba una familiaridad que no me resultaba nada agradable.

Recordaba lo que Maastricht había dicho: «El *Amo* tiene una carabina».

Levantó uno de sus poderosos hombros delante de mí, apartando la mirada y musitando:

—Sí, entendido, el *Amo* tiene carabina...

—Ven entonces.

—Alejaos vosotros. Tenemos prisa —grité avanzando entre las piedras.

Un asombroso despliegue de caras me espiaba desde la maleza. Tenían una semejanza de familia con George, aunque en su deformidad se daba una gran variedad. Había hocicos vueltos hacia arriba y probóscides vueltas hacia abajo; bocas sin labios, bocas con la-

bios aserrados, caras imberbes y caras totalmente cubiertas de pelos o de vello; ojos que resplandecían sin párpados visibles, ojos que soñaban bajo pesados párpados de caballo. Todas estas caras estaban vueltas hacia mí con aire de sospecha, narices fruncidas por mi causa, y todas se las componían para evitar mi mirada directa por la distancia de un pelo.

En algunos ojos, sumidos en sombras más profundas, sorprendía el resplandor rojo o verde de una cambiante iridiscencia, como si estuviera delante de animales salidos de un ridículo cuento de hadas.

A decir verdad recordaba las series de dibujos de artistas como Charles Le Brun y Thomas Rowlandson, en los que las fisonomías de hombres y mujeres evolucionaban a través de varias transformaciones hasta adquirir el carácter de la fisonomía animal: toros, leones, leopardos, perros, bueyes y cerdos. El efecto era a la vez caricaturesco y alarmante. Avancé batiendo palmas lentamente, y lentamente ellos cedieron terreno.

Pero llamaban a George, que todavía me seguía.

—¿Él no tiene Cuatro Miembros Largos?

—¿Es del laboratorio?

—¿Dónde está el de la botella?

—¿Tiene carabina?

Y otras cosas que no me fue posible entender, pues pronto iba a descubrir que la dicción de George era una maravilla de claridad entre sus amigos y una criatura genial entre imbéciles. Aún me seguía tercamente diciendo o más bien salmodiando —la mayor parte de sus sentencias eran cadenciosas:

—Él encuentra en el agua grande. Él Cuatro Miembros Largos. Él Cinco Dedos Largos... Ni Fuente ni Sabio. No te detengas, no provoques dificultades. Muchos golpes en la sede.

Salmodiaba. Yo caminé vacilante a su lado. Los demás se echaron atrás o se alejaron de un salto abriéndonos paso, pero manos de dedos mutilados, manos que parecían patas o cascos se tendían hacia mí y me tocaban al pasar.

Sentí de pronto un fuerte olor rancio, como el del tigre enjaulado en el zoológico. Los árboles y los arbustos se hicieron menos densos, el sol castigaba con más fuerza y llegamos a la aldea nativa.

Cerca de las primeras casas, a mano derecha, una roca se alzaba formando un alto muro. De la roca colgaban plantas trepadoras y vides, algunas brillantemente florecidas, y entre ellas caía una delgada cascada que descendía de un zócalo de la roca al siguiente. Llenaba un pequeño estanque que se había vuelto lodoso e inmundo. Pero corrí hacia la roca y dejé que el bendito elemento me cayera directamente en la cara; los labios, la lengua seca, la garganta. ¡Ah, ese momento! A decir verdad la cascada no superaba en mucho a una gotera, pero ni siquiera las cataratas del Niágara habrían tenido tanto efecto en mí.

Al cabo de un rato tuve que descansar mareado con la espalda contra la roca, dejando que el agua me bañara la nuca. Podía oír a los nativos, que furtivamente me rodeaban. Pero ofrecí la oración de gracias por mi liberación antes de volverme hacia ellos.

Sus cuerpos desmañados estaban cubiertos con monos como el que llevaba George; muchos bultos indecorosos

se escondían así del mundo. Algunos habían hecho bárbaros intentos de decorarse con conchas o pedacitos de hueso en el pelo o alrededor del cuello. Sólo más tarde advertí que ésas eran las hembras de esta tribu maravillosamente mestiza.

Aunque me tenían fascinado, creo que la fascinación que yo les producía era todavía mayor.

—Él lame agua —dijo uno de ellos acercándoseme de lado y dirigiéndose a mí sin mirarme de frente.

—Bebo agua como supongo que también vosotros hacéis —dije.

Estaba desgarrado entre la curiosidad y la aprensión, sin saber si tratar de establecer una comunicación o huir, pero cuando menos esta criatura que avanzaba parecía tan inofensiva como la que más. George se asemejaba a una mezcla *outrée* de jabalí y hiena; esta criatura parecía una especie de perro. Tenía el típico aspecto adulón del perro callejero que se encuentra a veces entre los seres humanos, incluso en los sitios más favorecidos del mundo.

—¿Cómo te llamas? —pregunté, señalándolo para facilitarle la comprensión del mensaje.

Retrocedió un paso.

—El Amo es la Mano que Mutila. El Amo es la Voz que Nombra...

—¿Cómo te llamas?

Se tocó el pecho combado humildemente.

—Te llamas Bernie. Buen hombre, buen muchacho.

—Sí, eres un buen hombre, Bernie. —La debilidad y cierto grado de histeria me ganaron. Encontrar a un Bernie aquí, en este miserable retazo de jungla, en una roca ol-

vidada del Pacífico..., un Bernie que tanto se parecía a un perro extraviado..., de pronto me resultó gracioso. ¡Vaya, pensé, Bernie como en Sta. Bernard! Incapaz de evitarlo, empecé a reír cayendo contra la roca. Seguía riendo todavía cuando me encontré sentado en el lodo. Cuando se apiñaron a mi alrededor muy cerca mirándome fijo con aire bovino, me cubrí la cara y reí y lloré.

Apenas oí el silbato. Ellos lo oyeron.

—¡El Amo sabe!

Se movieron intranquilos. Levanté la vista temiendo que me pisotearan. Entonces uno echó a correr y todos los demás lo siguieron como si fueran los miembros de un rebaño. George se quedó inmóvil, el último, mirándome intrigado bajo su sombrero, murmurando para sí. Luego también él trató de huir.

Era demasiado tarde. Apareció el Amo. George se echó al suelo cubriéndose la cabeza con ademán de humilde servilismo. Un látigo le cruzó los hombros y entonces el Amo pasó a su lado y avanzó a zancadas hacia mí.

Poniéndome de pie lentamente, apoyé la espalda en la roca. Sentí la tentación de imitar a los nativos y darme a la fuga.

El llamado Amo era muy alto: calculé que por lo menos medía tres metros, altura imposible para un ser humano.

Podía verlo entre los árboles y las cabañas, avanzando por un ancho sendero y a no más de cincuenta metros de donde yo me encontraba. Tuve el atisbo de aguas tranquilas a sus espaldas, pero toda mi atención estaba centrada en él.

Llevaba una carabina en posición de alerta, listo para disparar. Me apuntaba con ella de un modo algo negli-

gente. Su paso era el propio de quien tiene una desmedida confianza en sí mismo; había algo rígido y mecánico en él.

Tenía la cara oculta bajo un yelmo. No me era posible verle los ojos. Cuando lo tuve más cerca, vi que tenía los brazos y las piernas de metal y plástico.

—¡Dios mío! ¡Es un robot! —exclamé en voz alta.

Entonces dobló la esquina de la roca y se enfrentó conmigo.

—¿De dónde sale usted? —preguntó.